

TUNJA EN TIEMPOS DE SOR FRANCISCA JOSEFA DE LA CONCEPCION DE CASTILLO

Escribe: **DARIO ACHURY VALENZUELA**

En este año de 1689, Francisca Josefa cumple 18 años e ingresa como seglara al Real Convento de Santa Clara. La ciudad de Tunja tiene 140 años de fundada. Por entonces inicia su vida la séptima generación de los fundadores o sea la de los bichoznos. Francisca, en su pubertad, pertenece a la sexta generación de los mismos, es decir: a la de los choznos de los conquistadores. No se conocen datos detallados y precisos relativos a la Tunja de esa época, sobre el número de sus edificaciones y habitantes, acerca de su comercio e industria, de su progreso o decadencia, de sus costumbres, de su ambiente cultural, de su vida social y política. En la breve noticia que de la ciudad y padres de la V. M. de Castillo escribió don Francisco Dominguez Urregolabeitia años después de la muerte de la esclarecida monja neogranadina, no consignó el autor testimonio o información alguna que diera la menor luz al respecto. De noticia tan sintética, solo se deduce que Tunja tenía en 1689 el mismo número de parroquias y conventos que el registrado en 1659, o sea, 30 años antes. La población tunjana desciente vertiginosamente de 3.500 habitantes en 1623 a 500 en 1659, es decir, en un 85.2%, en el solo intervalo de 36 años. No es concebible que esta curva de descenso demográfico se hubiera acentuado en los tiempos en que vivió sor Francisca, porque de haber sido así Tunja habría sido a la sazón una ciudad desierta.

Los historiadores Ozías S. Rubio y Manuel Briceño, en su libro **Tunja desde su fundación hasta la época presente**, aluden muy de paso a lo que era Tunja en 1750, diciendo que a la sazón, o sea nueve años después de la muerte de la reverenda Madre Francisca, la hoy capital del Departamento de Boyacá tenía más de cien manzanas y que su población se vió mermada apreciablemente a causa de la mortal epidemia de peste que en dicho año flageló a la ciudad. Colocándonos en un término medio, que no acepta por desproporcionados tanto la disminución en un 85.2% del número de habitantes registrado en 1623 con respecto al consignado por Fernández de Piedrahita en 1659 (en la relación de 3.500 a 500), como el aumento en un 50% del número de manzanas construídas en el lapso 1623-1750, según la versión de Rubio y Briceño, puede calcularse que en 1689 Tunja tenía 4.000 habitantes y 35 manzanas. Cabe aquí observar oportunamente que, con posterioridad al año

de 1750, en un año incierto, que bien pudo ser el de 1780, vivían en Tunja 8.000 almas, según anotación de Felipe Salvador Gily (1721-1789) en su *Saggio di Storia Americana*, no parece imposible entonces que la ciudad hubiera duplicado su población en el espacio de 91 años. Reafirma este cálculo la apreciación de los datos aducidos por Rubio y Briceño, referentes a 1909, según los cuales Tunja contaba en tal año con una población de más de 10.000 habitantes y con viviendas construidas en 54 manzanas.

Además, teniendo a la vista el plano de Tunja levantado por la Jefatura del Estado Mayor del ejército colombiano, en 1919, se puede observar que el número de bloques de construcción continúa siendo el mismo de 1623, o sea, seis, bloques al occidente y cuatro al oriente, teniendo como eje la plaza principal.

En 1623 el número de carreras no pasaba de diez y el de calles no excedía el de quince, cifras una y otra que se mantienen casi inmodificables en 1919.

Como Tunja se halla edificada sobre una ladera de Alto de san Lázaro, situado al occidente, su pendiente se acentúa hacia el Este, hasta tal punto que, a solo dos cuadras de la plaza mayor, toda construcción se hace imposible.

LA PARROQUIA DE SANTIAGO EN 1689

En 1689, año en que la joven Francisca dice adiós a las fallecederas glorias del mundo para encerrarse entre los desolados muros del convento de Santa Clara, los límites de la parroquia primada de Santiago debieron ser poco más o menos los mismos que 66 años antes le fijara el arzobispo Arias de Ugarte. Dos generaciones se suceden en este lapso de 1623 a 1689. En muchas casas de Tunja conviven aún abuelos y nietos. En vida de los primeros se hizo la delimitación parroquial del año 23. De modo pues que a estas alturas del año 89 —siglo XVII— son los nietos quienes habitan las casas que sirvieron de hitos o linderos para la delimitación parroquial, hecha casi al finalizar el primer cuarto de dicha centuria.

En un breve periplo imaginario, redactado desde luego en obvio lenguaje notarial, repitamos ahora, en 1689, el recorrido que hicieron los empadronadores eclesiásticos de 1623, para fijarle a Santiago su circunscripción parroquial.

Hemos llegado a esta casa de esquina, hoy intersección de la calle 7ª con carrera 9ª, habitada quizás por los herederos o descendientes de doña Isabel de Carvajal, su dueña en el mentado año 23. ¿Fue Isabel parienta propinqua o remota del Capitán Alonso de Carvajal, encomendero de pro e insurgente contra las alcabalas reales, vecino también de la parroquia de Santiago y dueño además de tres buenas casas en el solar tunjano, una de ellas con rumbosa portada de piedra, exornada con ovalado escudo en el que campean cinco lozanas flores de lis? No lo sabemos a ciencia cierta. De la casa de doña Isabel, sigamos en línea recta por la calle 7ª, rumbo al occidente, hasta parar en la cuadra donde viven, en este año en 1689, los nietos de don Hernando o Fernando de Rojas y de don Bartolomé de Alarcón. Ignoramos si éste don Hernan-

do o Fernando perteneció o no al clan de los Rojas, capitaneado por don Martín, tatarabuelo de sor Francisca por el lado materno. En todo caso, fué el dueño de dos casas: situada una en este mismo barrio santiaguino y la otra en la parroquia de las Nieves, a una cuadra de la iglesia de San Francisco. Según Fernández de Piedrahita, fué su esposa doña María Montalvo. En cuanto a don Bartolomé de Alarcón, solo sabemos que poseía otra casa en la parroquia de Santa Bárbara, no distante de esta iglesia, con pétreo escudo de Calatrava en la fachada. Si fué el de Alarcón hidalgo de ejecutoria, o simplemente de gotera o de bragueta, cosa es incierta.

Ahora bien, para no dilatar nuestro escribanil periplo, dejemos a los herederos de Rojas y Alarcón ahí, en su cuadra, y naveguemos ahora, calle abajo, hacia el Convento de Santa Clara, donde a estas horas de sus primeros pasos por el camino de su aún imperfecta perfección, la seglara Francisca Josefa de Castillo. Pasemos de largo para no conturbar el silencio de las clarisas o el reglamentario rezo de las horas canónicas en el coro. Sigamos descendiendo por la hoy carrera 2ª, en derecha hacia las casas de Diego Zurrador y Pedro Pajarito, sitas ya en el suburbio sureste de la ciudad. No son las casas de Diego y Pedro, casas de teja y sillería. Apenas sí, de tierra y paja, En cuanto a lo de Zurrador, más que patronímico parece indicativo del oficio de curtidor o zurrador de pieles. En caso afirmativo, el rancho de Diego debió ser en sus tiempos viviendas a la par que tenería: una de las cuatro o cinco que por entonces había en Tunja. En cuanto a lo de tenería confirma nuestra sospecha el que no lejos de allí corría o surtía la llamada "Fuente chiquita", más tarde convertida en baño de alberca y lavadero público.

En cuanto a Pedro Pajarito, la cosa suena más a remoquete que apellido. Quizás su ancestral y acendrada "malicia indígena" le mereció a don Pedro el ornitológico apelativo.

En llegando aquí, hagamos un breve descanso antes de regresar al punto de partida por una vía distinta. No debemos estar muy lejos del camino que conduce a Toca. Hasta las casas de Zurrador y Pajarito, al sureste de Tunja, llegan los límites de la parroquia de Santiago. Fuera de este dintorno comienza la de Santa Bárbara.

El regreso lo emprendemos ahora, tomando la carrera que pasa a espaldas del convento de Santa Clara, con rumbo norte, hasta la cuadra donde viven los herederos de Hernán González Camacho. Finalmente, desde este punto, sobre la hoy calle 7ª, retornamos, en línea recta, a la casa de doña Inés de Carvajal, nuestro punto de partida.

En este recorrido hemos pasado por los distintos hitos que marcan los linderos de la parroquia primada de Santiago de Tunja.

Dentro de tales límites se levantan las 35 cuadras del barrio central con 155 casas, aproximadamente. Las 25 cuadras que forman en torno de la plaza principal lo que pudiera llamarse el "cuadrilátero histórico" de Tunja, son las más densamente pobladas. Allí vive la flor y nata de la ciudad: los choznos y bichoznos de los conquistadores, los tataradeudos de los encomenderos, de los alcaldes ordinarios y los regidores, de los justicias y señores del Cabildo, de los beneficiados y prebendados. Allí están las iglesias y conventos de Santo Domingo, San Ignacio o la Compañía y Santa Clara. Ya por los lados de este Convento escasean

las construcciones. Cuadras hay por allí que solo tienen media docena de casas, y las aledañas a la tenería de Zurrador apenas tienen una o dos viviendas, tres a lo sumo.

SANTIAGO Y SUS HIDALGOS

En la edad en que la niña Francisca Josefa dió en la flor de lucir alegres y vistosas galas y en el femenino capricho de los untos, afeites y aguas de rostro, sustraídos de las redomas y bujetas del tocador materno, para parecer bien ante la cohorte de precoces galanes que sin descanso la rondaban; en esa edad, decimos, la rapaza debió ser algo andariega, si bien no mucho, por ser su padre, don Francisco Ventura, poco inclinado a permitir que su hija menor anduviese de un lado a otro en corros de "muchachas en flor". No obstante, ya picada en su vanidad, Francisca se ingeniaría trazas para burlar la estricta vigilancia paterna, y, de raro en raro, y a la sombra tutelar de una muy virtuosa tía suya, desde luego, se daría sus escapadas para visitar a una que otra amiga o a parientes de su edad. Con este motivo tendría ocasión de evadirse de su barrio de Las Nieves y adentrarse en los dominios del rumboso cogollo de los hidalgos santiagueños; y cuando ya curada de vanidades, que en verdad muy poco le habrían de durar, solía ir a la iglesia de la Compañía adscrita a la parroquia primada, no sería extraño que Francisca topara con algunos amigos o amigas de la casa, bichoznos seguramente de don Gonzalo Suárez Rendón, quien a sus hazañas de conquistador de indios sumó las de prudente previsor, puesto que, sabiendo cuán caducas son las glorias de este mundo, se apresuró a poner a salvo a sus deudos de la inminente pobreza, dejándoles en herencia una espléndida mansión, paredaña a la iglesia catedral: casa de dos cuerpos, con espacioso antepatio encuadrado por columnas y arcadas de piedra, con amplias salas de laborioso artesonado y pinturas al fresco, tales como los que hoy se admiran en la casa de don Juan de Vargas, su vecino. No faltaría ocasión en que Francisca entrara en esa mansión, casi sequiscentenaria entonces, y allí le parecería escuchar el eco de aquellas famosas tertulias en que don Gonzalo, en la grata compañía de sus veteranos compañeros de empresas y aventuras, y alumbrado por esa vívida llama endiablada que los buenos vinos de España prenden en los cerebros, soltaba su lengua de buen malagueño para recordar imposibles de Flandes e increíbles de este Nuevo Reino, en un íntimo ambiente de nostalgias y júbilos marcesibles.

Otras veces, la niña Francisca, calzando sus quince mayos impolutos, vería pasar a su lado los hidalgos, ya muy amestizados y muy venidos a menos, de las enantes alcurniosas mansiones de Diego Rincón, encomendero de Busbanzá y Suta, casado con doña María Zambrano, hija del Capitán Bartolomé Camacho, y concuñado de Francisco Niño Bueno, bisabuelo de sor Francisca y vecino del Convento de Santa Clara; de Juan Llano Valdés, dueño en sus tiempos de buena casa a la retaguardia de la iglesia mayor; de Miguel Suárez, hermano del fundador; de Esteban Albarracín, encomendero de pro; de Juan de Zárate y Chacón, Corregidor y Justicia Mayor de la ciudad, cuya casa lucía portada con escudo ovalado en que campeaban una encina y a ella arrendado un ahora fatigado corcel.

Otro día toparía la ventura abadesa de Santa Clara, en su ocasional deambulaci3n, con otros vecinos del barrio de Santiago Mayor, adscritos, por la gracia de Dios y la inexorable fidelidad de la sangre, al linaje, en sexta generaci3n descendente, del Capit3n Juan de Sandoval, compa1ero de Jim3nez de Quesada, due1o de dos pueblos en jurisdicci3n de Tunja y de cuatro casas en la ciudad. Yendo a la iglesia de la Compa1a, donde solía predicar uno de sus futuros confesores, el P. Pedro Calder3n, tendría ocasi3n Francisca de pasar por frente de la casa de don Luis Arias Maldonado, ubicada precisamente a espaldas de la misma iglesia. Allí se detendría, no solo una sino muchas veces, a admirar el escudo cuartelado que decoraba la portada de piedra de la casa de don Luis, escudo que ostentaba tres lanzas, un infoliado peral silvestre, un lebrél y un abjurado castillo con torres almenadas.

Por ser parientes suyos, aunque algo lejanos, Francisca visitaría de cuando en cuando la casa de los descendientes de don Sebastián de Velandia, esposo de do1a Clara Suárez de Figueroa, nieta del fundador Suárez Rend3n. Don Sebastián, encomendero de Inza, vivía en una casa de la esquina sureste de la Plaza Mayor con entrada sobre la Calle Real.

En sus visitas al Convento de Santa Clara, antes de ingresar definitivamente allí, la joven Francisca cambiaría saludos, los meramente protocolarios y usuales entre gentes que apenas se conocen, con los bisnietos de don Alonso Rivera de Santa, que vivían en casa esquinera, distante dos cuadras del Convento. Don Sebastián fué due1o, en sus tiempos, de dos casas más, situadas en la vecina parroquia de las Nieves.

Quizás por vivir en una casa frontera a Santa Clara, los herederos de do1a Helena Sánchez de Valdemar tuvieron oportunidad de conocer y tratar a la reverenda madre Francisca Josefa de la Concepci3n. Portera en tres o cuatro ocasiones, nada tiene de extraño que ésta, por raz3n de los continuos aulagas en que vivía el Convento, tuviera que acudir en ocasiones a sus vecinos de enfrente para alg3n fortuito menester. También fué vecino frontero de claustro de Santa Clara, en 1623, el hermano de do1a Helena, el encomendero don Gabriel de la Parra. Do1a Helena casó con el bachiller don Pedro de Valdelomar, procurador de la ciudad.

No sabemos si Francisca tuviera noticias ciertas, o vagas, o nulas, acerca de don Juan de Castellanos, beneficiado de la iglesia mayor de Santiago ciento veinte años antes de venir ella al mundo. Menos aún se sabe si nuestra clarisa hubiera leído, o no, la primera parte de las **Elegías de Varones ilustres de Indias**, en la edici3n madrile1a de 1585. Pero para ella, que casi nunca logró apartar de su mente la idea de la muerte, no pudo pasar desapercibido el dintel de una casa situada en la misma manzana de la iglesia mayor, dintel en el cual estaba esculpida en piedra una cruz y al pie suyo una calavera, evocaci3n de la muerte, ilustrada con esta inscripci3n **Qui mortem nostram moriendo destruxit et vitam resurgendo reparavit**. A fuerza de inquirir una y otra vez sobre quién hubiera mandado esculpir aquel emblema y cuya era la casa que en su portada tal insignia mostraba, no faltaría persona ilustrada del lugar que le contestara haber sido el beneficiado Juan de Castellanos su due1o y quien ideó la interpretaci3n escult3rica del sacro texto. ¿Pero qué tunjano, prisionero de una atm3sfera en sus distintas capas presionada por la melancolía, pudo sustraerse a la obsesi3n de la muerte? En

esa misma casa, o en otra aledaña, vivió catorce años antes de nacer Francisca, otro beneficiado jacobeo y maestro, hasta ahora sin segundo, en el arte del verso al modo de Góngora cincelado. Aludimos a don Hernando Domínguez Camargo, a quien Dios y las musas hayan acogido en su seno por toda una poética eternidad.

Otros dos sacerdotes, el beneficiado don Sancho Ramírez de Figueredo y el presbítero don Juan Bravo de Guzmán, fueron vecinos, por allá en 1623, de la parroquia de Santiago. Fué este, hijo de don Pedro Bravo de Rivera y de doña María de Guzmán. Otro Pedro Bravo de Rivera, amante y vecino de la tristemente celebre doña Inés de Hinojosa, fué ahorcado como reo convicto del asesinato de don Jorge Voto, esposo de doña Inés.

Faena comparable a la de Penélope sería la de urdir y deshacer aquí la tela tejida con los nombres de los posibles conocidos, agnados cognados contemporáneos de la señora Francisca Josefa de Castillo. Debemos entonces limitarnos a una simple enunciación de nombres sin detenernos en puntillos de prosapia y de cargos más o menos honorarios, sin pararnos en pelillos de caudales grasos o enjutos, ni en minucias heráldicas. Esto, en cuanto a los feligreses de la parroquia de Santiago, pues en lo que atañe a los de la parroquia de las Nieves, en cuyo vecindario se contaba la familia de nuestra prelada, debemos detenernos un tanto, con el ánimo de precisar en lo posible el ámbito inmediato dentro del cual discurrió la puericia, adolescencia y juventud de la autora de los **Afectos Espirituales**.

Y va de cuento: no es imposible tampoco que en el camino de Francisca se hubieran cruzado y entrecruzado los descendientes de los encomenderos e hidalgos de ganancia y patrimonio exentos; dueños, por títulos heredados, de las mejores casas del núcleo urbano de Tunja. Tales los Riaños y los Buitrón de Mojica; los Betancour y los Carvajal; los Laserna de Mojica; los Holguín Maldonado y sus colaterales, los Bravo Maldonado; los Bravo Molina — tan abrumados de escudos y escarapelas nobiliarias —; los Cifuentes Montalvo — no menos agobiados de linajudos palos, barras y roeles —; los Ibañez Hermoso, tan pagados de sus leones rampantes y lampasados, seguidos muy de cerca de los Ortiz de Godoy, mestizos de muchas campanillas y de escalofriantes emblemas fúnebres en sus cuartelados escudos.

Detengámonos ahora en esta circunambulación para entrar un momento a una casa que linde con el hospital y está a dos cuadras de la Plaza mayor. En ella viven ahora, en 1689, los bisnietos de don Pedro Niño, natural de Palos de Moguer, en donde nació aproximadamente en 1517. En 1540 llegó al Nuevo Reino, formando parte de la expedición que de Santa Marta salió al mando de Jerónimo Lebrón y fué uno de los fundadores de Málaga y participó en acciones contra Gonzálo de Oyón y Lope de Aguirre. Se radicó luego en Tunja, alrededor de 1567. Allí casó dos veces, la primera con una hija de Pedro Sánchez de Velasco, de la cual no le quedó sucesión, y la segunda con doña Isabel (Camacho) Zambrano. Hijos de Pedro o Pero Niño y de Isabel (Camacho) Zambrano fueron: el Capitán Pedro y doña Elvira Niño Zambrano, casada esta con el Capitán Jerónimo Donato Rojas, hija del Capitán Martín de Rojas.

Parece que don Pedro, el viejo, fué hermano de don Francisco Niño Bueno, y que éste, o un homónimo suyo, fué el bisabuelo de sor Francisca. A este respecto hay una duda que en su oportunidad, cuando tratemos de Francisco Niño Bueno, será expuesta. De su solución depen-

de que don Pedro Niño haya sido, o no, tío en segundo grado de la V.M. de Castillo. En caso afirmativo, ésta, en su niñez, debió frecuentar esta casa de sus primos, y uno de estos fué quizás quien la requirió de amores y le propuso matrimonio cuando apenas tenía doce años, prometiéndole que viajaría a Roma para obtener las dispensas del caso por ser ambos muy cercanos parientes.

Paso obligado para la gentil Francisca, cuando iba con su prima a la iglesia de los jesuítas, sería la casa donde vivía el capitán Félix Rojas, situada a cuadra y media, bajando en dirección a la plaza mayor, de la casa del capitán Martín de Rojas, bisabuelo de nuestra escritora. Esto, en el caso de que ella hubiera habitado allí. No sabemos si don Martín y don Félix estuvieron unidos por vínculos de sangre. La casa de don Félix era muy espaciosa, y tanto, que ella sola ocupaba más de media cuadra. Su solar colindaba con la casa de doña Isabel Ruiz de Quesada, esposa en segundas nupcias de Rodrigo Suárez Sabariego, hermano del fundador de la ciudad, encomendera de Tupia y Cuítiva y viuda, sin hijos, del conquistador Pedro López de Monteagudo. De ella se tratará también en otro lugar. En la Relación de 1610 figura el capitán Rojas como encomendero, casado y con hijos.

¿Fué Francisca amiga o conocida de los Vargas, choznos o bichoznos de don Juan de Vargas, afortunado dueño de la que hoy llaman **Casa del Pino**? ¿Alguna vez admiraría ella las cartelas pintadas al temple que exornan la techumbre de dos de las estancias de la famosa mansión de los Vargas? Es muy posible que nó, porque, si bien en una de tales pinturas campeaba el monograma de los tres dulces nombres de Jesús María y José, en su dintorno aparece una Minerva aligerada de pechos y túnicas, en compañía de las tampoco muy vestidas deidades del Olimpo, que los entendidos dicen ser Júpiter, Apolo y Hércules. Francisca demostró ser muy escrupulosa en esto del desnudo como tema pictórico. Ella misma nos cuenta en un pasaje de **Su Vida** cómo el demonio, en forma de gallina, y con muchas vueltas y cacareos le señaló el lugar donde una niña, que se disponía a ser monja, guardaba algunas pinturas, que imaginamos serían de cristianos y cristianas en semicueros, dados los aspavientos que la casta hermana Francisca hace al referir el caso. El que la niña del Castillo no hubiera conocido tales figuras mitológicas, o más aún, se hubiera negado a verlas, quiere decir que no gustase ella de la mitología. Al contrario, en uno de sus afectos espirituales nos cuenta cómo en alguna ocasión se le mostraron las tres Parcas en figura de unas viejitas que pasaban el tiempo entre tejer y destejer una tela y entre devanar unos largos hilos, que luego una de ellas cortaba con inocultable señosa alegría. En cuanto a los paquidermos que en las dichas cartelas aparecen como escapados de la jungla africana para admirar la gentil apostura de las deidades del Olimpo, uno de ellos, el rinoceronte, se lo birló el anónimo pintor nada menos que a Alberto Durero; y el otro, el elefante, parece haber sido plagiado también a otro artista, si bien no tan afamado como el nurembergués ilustre. De haberlos visto la hermana Francisca Josefa, su memoria los hubiera retenido para enriquecer su ya de por sí copiosa fauna demoníaca, que incensante desfila por las páginas del libro de su vida y del libro de sus sentimientos espirituales.

Con esta visita a la casa de don Juan de Vargas concluye nuestro imaginario deambular por los términos de la primada parroquia de Santiago el Mayor, para iniciar en un segundo tranco, el alinderamiento, con hitos humanos, del curato de Las Nieves.